

# ASPECTOS ARQUEOLOGICOS DE UNA POBLACION HISPANO-INDIGENA DESCUBIERTA EN EL CHACO

POR ANA BIRÓ DE STERN

En los últimos meses del año pasado de 1943, la prensa del país se ocupó del descubrimiento de una población hispano-indígena en las cercanías de la ciudad chaqueña de *Presidente Roque Sáenz Peña*, dándole naturalmente, un tinte sensacional y a veces fantástico. Y es para despojar al hecho de las leyendas que a su derredor se van tejiendo, salvaguardando la seriedad científica, que relataré la historia del descubrimiento.

La Dirección Nacional de Vialidad había resuelto abrir un camino desde la localidad de *Presidente Roque Saenz Peña*, hacia el norte, en dirección del Río Bermejo. En el mes de octubre de 1943, algunos miembros del Club de Pescadores y Cazadores de Sáenz Peña, durante una excursión de caza, penetraron al acaso en la espesura de la selva que bordea ese camino. Con gran sorpresa se dieron cuenta de que el suelo allí no era llano, sino accidentado, con numerosos montículos de variada longitud y extensión. Creyendo haber descubierto un cementerio indígena, me comunicaron la novedad, invitándome a trasladarme al lugar para verificar esa suposición.

Me trasladé, pues, a la joven y próspera ciudad chaqueña, y al día siguiente de mi llegada emprendimos la marcha hacia el lugar del descubrimiento. Formábamos una pequeña expedición, bien provista de todo, pero especialmente de agua, ya que sabíamos que a lo largo de nuestro camino no encontraríamos ni una gota del precioso líquido. El camino corre a través del

exuberante paisaje chaqueño. Ora son montes tupidos y enmarañados, ora chacras cuidadosamente labradas y sembradas de algodón, las que ofrecen un panorama variado a la vista del viajero. Al acercarse al lugar, el camino muestra las características de una picada abierta en un bosque espeso. Frondosos árboles en ambos costados del camino nos prodigan su sombra, pero también atajan el viento, y el ambiente poco a poco se torna sofocante. Hacemos alto a la altura del kilómetro 75, más o menos, y penetramos en el bosque por el lado oeste del camino. Árboles enormes y arbustos espinosos nos dificultan el paso. Los peones tienen que usar sus machetes para abrir brechas en la maleza enmarañada. Enjambres de insectos nos atacan furiosamente, defendiendo su soledad hasta ahora no turbada. Nuestros pies se hunden en un humus blando y grueso, acumulado quien sabe desde cuánto tiempo. Quema el aire, seco e inmóvil entre la espesura. De pronto, de este paisaje que nos parece como si jamás hubiera conocido la mano del hombre, surgen extraños montículos altos, largos terraplenes trazados en línea recta y profundos hoyos excavados, al parecer, intencionalmente. El espectáculo no puede ser más fantástico, más sorprendente y más desconcertante a la vez (Lámina I.).

Esos terraplenes de 1.80 a 2.40 m. de altura forman los bordes de unos espacios cerrados, rectangulares —llamémoslos manzanas— de 120 m. de largo por 50 de ancho, aproximadamente. Estas manzanas se repiten, de dimensiones casi idénticas, en una gran extensión hacia la derecha y hacia la izquierda, como obedeciendo a un plan de urbanización previamente trazado. Pues no eran sólo los terraplenes y manzanas lo que llamaba la atención. En las esquinas, a cierta distancia de los terraplenes y en su lado interior, se divisaba una especie de montículos en forma marcadamente cuadrada y en algunos casos redonda, en número de uno o dos en cada esquina. Y por más que la acción del tiempo hubiese modificado la configuración, formas y espesor de los elementos allí encontrados, después de un detenido examen ocular, pareció ser que estos montículos eran restos de habitaciones humanas, espacios encerrados por sus cuatro paredes, hoy ya rellenos en mayor o me-

nor escala con tierra vegetal, con arena, tierra, etc., acumulada y arrastrada hacia el lugar por la acción del viento.

En cada uno de estos montículos se observa una depresión en uno de sus bordes, una especie de interrupción o corte en la pared; depresión que debe corresponder a la entrada o puerta de la habitación, ya que todas estas depresiones miraban invariablemente hacia el interior de la manzana.

Arbustos y grandes árboles de quebracho, de algarrobo, de mistol, etc., surgiendo de entre y sobre los terraplenes y los montículos, cubrían profusamente todo, hecho que de por sí revelaba la antigüedad de estas ruinas.

En todas partes, a flor de tierra o diseminados sobre los montículos, aparecían fragmentos de alfarería indígena de variadísima factura. Sabido es que la existencia abundante de alfarería fragmentada caracteriza los llamados paraderos, lugares habitados y luego abandonados por los indios del Chaco. Estos indios, tribus nómadas, que vagaban de un lugar a otro en procura de caza y de pesca, tenían y tienen la costumbre de romper sus utensilios de alfarería al abandonar sus tolde-rías, por temor a los maleficios. También existe, aunque no ya en el Chaco, sino en otros lugares, como por ejemplo en el Delta del Río Paraná y en el Noroeste Argentino, unos túmulos que son indicio de posibles yacimientos arqueológicos. Pero tales túmulos son montículos aislados o grupos de montículos diseminados irregularmente sobre el terreno, y nunca parecen responder a un *plan de urbanización* tan perfectamente trazado, como es el caso en los descubiertos en esta oportunidad.

Para resolver estas dudas decidí efectuar unas excavaciones preliminares a manera de cateo, en procura de datos arqueológicos, que arrojaran alguna luz sobre el gran interrogante que significaba para mí este hallazgo.

Y así lo hicimos. En los días siguientes, con unos cuantos peones y la colaboración entusiasta de algunos miembros del Club de Pescadores y Cazadores de *Sáenz Peña*, empezamos a desentrañar el enigma de la selva chaqueña. Me decidí a practicar excavaciones de tres diferentes maneras: 1) Efectuando un desgaste horizontal de la pared de un montículo ubicado en una de las esquinas de la manzana; 2) Efectuando el des-

gaste de otro de los montículos en dirección vertical, empezando en uno de sus costados; y por último, abriendo una trinchera, no a través, sino alrededor, de un tercer montículo en sus dos costados, formando con las dos zanjas abiertas un ángulo rectangular.

Al proceder a la excavación según la modalidad primera, es decir, practicando el desgaste horizontal, las palas de los obreros trabajaron con facilidad mientras encontraban y retiraban una primera capa de tierra vegetal, acumulada en la superficie, y una segunda, floja, yacente por debajo de la primera, que estaba compuesta por una mezcla de tierra y de arena. Pero luego, en una profundidad no mayor de 40 centímetros, las palas empezaron a tomar contacto con una capa de tierra más dura, dando el choque un sonido casi metálico. Esta capa de tierra, sumamente endurecida, tenía un color más claro y se rompía en grandes pedazos compactos que adquirirían a veces la forma de adobes. Esta formación de tierra dura llegaba hasta la profundidad de 1.80 m. de la superficie inicial del montículo. Todo indicaba tratarse de una especie de pared levantada, acondicionada y ordenada intencionalmente por la mano del hombre. Durante esta excavación se realizaron algunos hallazgos arqueológicos, muy pocos en realidad: unos cuantos fragmentos de alfarería tosca, de factura indígena, un pequeño plato de barro cocido, restos de huesos rotos y nada más.

Para efectuar el desgaste vertical de otro de los montículos (segunda modalidad) comenzamos la excavación desde el ángulo este, abarcando todo el espesor del mismo. El resultado fué idéntico al anterior. Retiradas las capas de humus y de tierra floja, apareció la capa gruesa de tierra dura, de color marrón claro, y de mucha resistencia, que alcanzaba aparentemente una considerable profundidad. Los hallazgos fueron más numerosos, dada la mayor extensión del foso, pero se reducían a fragmentos de alfarería indígena, restos de fogón carbonizados y huesos fragmentados.

Luego, en dirección este-oeste y sur-norte, abrimos dos trincheras en forma rectangular, pero ya no a través del montículo mismo, sino bordeándolo. Es de mencionar que esta excavación se efectuó al margen exterior de las paredes. Tenía

la intención de excavar después en el interior de las viviendas, pero desgraciadamente los inconvenientes del clima me impidieron en esta oportunidad llevar a cabo esta intención.

También esta vez la capa superior de la tierra extraída revelaba las características de la tierra vegetal, siguiendo luego una capa de mayor consistencia, aunque ésta no alcanzaba la dureza de los adobes de la pared. Evidentemente, se trataba del piso natural del suelo. De pronto apareció dentro de esta capa semidura, en una profundidad de 80 centímetros, una fracción de terreno de no menos de un metro de diámetro, en que la pala penetraba con mayor facilidad y del cual conseguimos extraer una serie de objetos, como ser: abundantes cenizas, tierra cocida en terrones, conchas en fragmentos, pedazos de alfarería, e innumerables huesos de origen animal. Parece ser que este sitio era el vestigio de un gran fogón. Aquí mismo se realizó un hallazgo sorprendente. Era un pequeño fragmento de loza blanca, decorada con una línea azul, borde de una vasija o de un plato. Este fragmento ya no era de origen indígena como los encontrados anteriormente, sino de indudable factura hispánica y especialmente talaverana.

La loza talaverana no es desconocida en la arqueología de nuestro país. Ya Salvador Debenedetti, en su trabajo sobre "La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango" (1) menciona el hallazgo de una tortera para huso en una tumba, que estaba fabricada de un pedazo de loza de Talavera de color azul y blanco. "Corresponde esta tortera —dice Debenedetti— al borde de un plato común de los que todavía circulan profusamente en España" (2). Por otra parte tuve oportunidad de comprobar personalmente la presencia de varios fragmentos de esta misma loza hispánica en las playas del lago del dique Río Tercero, en *Rumipal*, Córdoba, donde al retirarse las aguas dejan al descubierto una gran cantidad de objetos: flechas, torteras y fragmentos de alfarería. Tenemos

---

(1) DEBENEDETTI S., *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango (Provincia de Catamarca)*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XLVI, págs. 745 y sig.; Buenos Aires 1921. Hay tirada aparte.

(2) DEBENEDETTI S., l. c., pág. 29 de la tirada aparte.

noticia, además, de que los frailes dominicos, prefiriendo entre todas la cerámica de Talavera de la Reina, implantaron esta industria en la Nueva España, con artesanos especializados traídos desde Talavera y Sevilla. Alcanzaron con la fabricación de esta loza verdadera fama, sobre todo con su fábrica establecida en la ciudad de Puebla (3). No es de extrañar, pues, su gran difusión en la América hispánica del tiempo de la Colonia.

Con la expectativa que es fácil de imaginar, seguíamos ahondando el fogón, y efectivamente unas paladas más trajeron a luz otros testimonios de la presencia del hombre blanco: dos balas de plomo, una de ellas redonda, aplastada la otra, es decir, ya usada y extraída del cuerpo de algún animal. Las balas son las típicas que se empleaban en los trabucos y pistolas que se cargaban por la boca.

Simultáneamente, se trabajaba en las trincheras este-este, abriendo una zanja de 7.50 m. de largo, es decir del largo íntegro del montículo en la mencionada dirección. Al llegar a la esquina, punto de contacto con la zanja sur-norte, la pala topó con una resistencia inexplicable. Procediendo a investigar su causa, descubrimos que se trataba de un pedazo de madera dura que al progresar la excavación resultó ser nada menos que un horcón de quebracho, primorosamente labrado con hacha, e incrustado en el ángulo donde las dos paredes se encontraban. Medía dos metros de largo y unos 15 centímetros de diámetro.

Desgraciadamente, carecíamos de tiempo suficiente para excavar los otros dos costados exteriores y la parte interior del montículo. La elevada temperatura, los innumerables insectos y, sobre todo, la falta de agua en plena época de verano, nos imposibilitaban la permanencia por más tiempo en el lugar.

Resumiendo mi impresión sobre los hallazgos, diré que se trata de restos de una población que sin duda alguna demuestra la presencia del hombre blanco. Como ya he dicho, supongo que los montículos son los restos de casas construídas de ado-

---

(3) ROMERO DE TERREROS M., *Arte colonial*; México 1916.

bes, y los terraplenes largos que las rodean, cercos o empalizadas.

Siguiendo con la exploración en los alrededores del yacimiento, descubrimos el cauce seco de un río de aproximadamente dos kilómetros de extensión. El cauce es profundo, pero es evidente que hace mucho tiempo que ya no lleva agua, puesto que es añosa la vegetación crecida en su lecho. Esa región carece actualmente de agua en el más estricto sentido de la palabra; y la cercanía de un río, hoy desecado, tiene que haber sido la causa de que la población se ubicara en este lugar.

No me incumbe a mí sacar las consecuencias históricas de este hallazgo. Dejaré a los historiadores el determinar qué nombre llevaba este pueblo; dejaré que averigüen ellos el acta y fecha de su fundación, los acontecimientos de su historia y las causas de su extinción. Yo, por mi parte, me limitaré a tomar en consideración los documentos arqueológicos, los que junto con los datos de origen histórico, pueden revelarnos la vida y la cultura de un pueblo.

Clasificado, pues, el material arqueológico encontrado, se nota que éstos responden a tres tipos diferentes: 1) Tipos de factura y forma netamente indígena; 2) Tipos de origen netamente hispánico; y, por último, 3) tipos híbridos, manufacturados por el indígena, pero ostentando caracteres de cultura hispánica.

Los pocos objetos arqueológicos desenterrados pertenecientes a estos tres distintos tipos, no son suficientes en número ni en importancia para un estudio de vastos alcances, ni para afirmaciones categóricas sobre épocas e influencias. Sirven, empero, para reforzar la hipótesis de la convivencia del indígena con el hombre blanco, hipótesis expuesta ya durante el estudio de los elementos de la construcción de las viviendas y de los terraplenes.

En primer término está el material perteneciente a los tipos que demuestran el carácter de la factura indígena. Se encuentran éstos —como ya lo dije antes— a flor de tierra y también dentro de los montículos. Todos en estado fragmentario. Forman una especie de muestrario de alfarería indígena, ya que se encuentran entre ellos los tipos más variados de fac-

tura, grosor, color y hasta decoración. Abundan, desde luego, los fragmentos de alfarería grosera, de color gris o marrón claro, ora bien alisados y cocidos, ora mostrando las huellas apesuradas de un marlo de maíz y manchas negras de la deficiente cocción. Fragmentos grandes de cántaros, de bordes sencillos y asas planas, completan esta serie de hallazgos pertenecientes sin duda a objetos de uso diario.

Entremezclada con esta clase de alfarería tosca, se encuentran trozos que se caracterizan por su excelente y cuidada factura, por su perfecta cocción y por su elaboración acabada. Así, hemos encontrado un fragmento de un puco con engalba roja, y varias piezas de fragmentos pulidos y pintados en color rojo en su faz interior.

Quedando siempre dentro del tipo netamente indígena, he encontrado cuatro trozos provistos de decoración que ofrecían otras tantas notas curiosas dentro del conjunto. Dos de



**Figura 1.**  
Fragmentos de alfarería con impresiones dígito-unguiculares en series rítmicas.

ellos pertenecientes al borde de una vasija, son de alfarería gruesa, pero bien elaborada, alisada y cocida. Son de color pardo, y los ornamentos, ejecutados con impresiones dígito-unguiculares, se distribuyen en series rítmicas y paralelas y en líneas horizontales alrededor del vaso. Según Outes, esta clase de decoración caracteriza a las culturas del Río Paraná medio, y corresponde a las poblaciones guaraníticas (fig. 1).

Otro fragmento perteneciente a la parte superior de un recipiente, nos da base para interesantes observaciones respecto de su forma y su decoración. La forma es muy llamativa: de boca muy estrecha y de cuello esbelto, da la sensación de que estamos en presencia de una botella. El arqueólogo uruguayo Carlos A. de Freitas, en su trabajo "Alfarería del Delta del



Río Negro" (4), publica un hermoso ejemplar muy parecido al nuestro, denominándolo "botellón". La masa es compacta, de factura fina y delgada, de color beige claro y uniformemente cocida. La decoración consiste en cuatro hileras horizontales alrededor del cuello, fuera de una serie de líneas verticales en el labio superior del botellón, compuestas de pequeñas impresiones paralelas; éstas han sido ejecutadas con un instrumento delicado y se repiten en la cara exterior, inmediatamente debajo del labio. Las líneas finas que corren horizontalmente alrededor del cuello han sido logradas mediante la impresión de una delgada cuerda. Outes, en su trabajo: "Nuevo jalón septentrional en la dispersión de representaciones plásticas de la cuenca paranaense y su valor indicador" (5), identifica como tales las decoraciones de las representaciones plásticas, procedentes de las proximidades de la *Laguna Brava*, en el Chaco.

Luis María Torres, en su estudio "Los primitivos habitantes del Delta del Paraná" (6), menciona a su vez esta clase de decoración, y adjudica su empleo a "los pueblos que corresponden al factor étnico que predominó en el norte amazense, es decir a los aruacos" y sigue diciendo que "dicha intervención —de los aruacos— puede atribuirse a la época inicial de la población hispánica".

Otro pequeño fragmento acusa la misma clase de ornamentos, pero ejecutados con un cordel más grueso, por consiguiente las huellas de las fibras están más vigorosamente marcadas y son más anchas (fig. 2).

En cuanto a los objetos de procedencia española, son bien escasos, aunque muy significativos. Son éstos el pequeño fragmento de loza talaverana y las dos balas de plomo ya mencionadas. Sería muy arriesgado afirmar el origen hispano-indígena de esta población basándonos tan sólo en el testimonio de tan escasos elementos, ya que no puede descartarse la posibilidad de que estos objetos pudieran haber caído en manos

---

(4) FREITAS C. A. DE, *Alfarería del Delta del río Negro*, pág. 50; Montevideo 1943.

(5) Pág. ; Buenos Aires 1918.

(6) Buenos Aires 1911.

de los indígenas por intermedio de un malón o del comercio. Pero en la convergencia de todos los elementos hasta ahora disponibles para la verificación de esta teoría, constituyen ellos también un eslabón valioso en la cadena de los documentos arqueológicos que continúan sin interrupción a través de los objetos de carácter híbrido que describo a continuación.

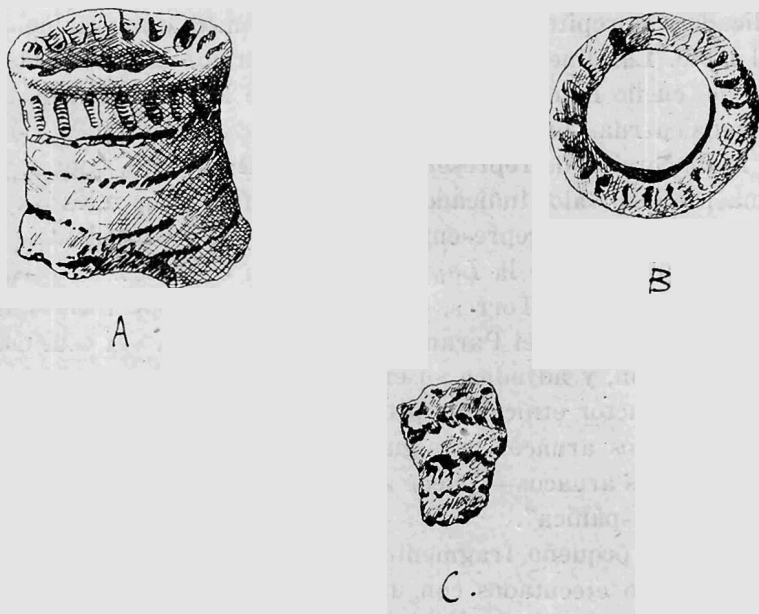


Figura 2.

A. Parte superior de un "botellón" con impresiones de cordel. B. La boca del mismo. C. Fragmento de alfarería con la misma clase de decoración, pero con cordel más grueso

Quiso el azar que una sola pieza entera llegara a mis manos. Es un hermoso vaso, descubierto en uno de los montículos por Don Alfredo Martinet, vecino de Saenz Peña, durante la primera exploración del terreno. Magnífico ejemplar que demuestra la capacidad artística del indígena, y que al mismo tiempo testimonia elocuentemente la influencia ideológica, ejercida por el hombre blanco sobre la imaginación del indio.

El vaso está compuesto de tres partes: cuello, vientre y fondo, de los cuales el cuello y parte del vientre están provistos de decoración. Mientras el cuello y el fondo no ofrecen

mayor interés en lo que se refiere a su forma, tanto mayor es la rareza de la forma del vientre, que demostrando muy poca semejanza con el material arqueológico conocido, puede ser considerado como creación individual (Lámina II).

Del cuello largo y recto arranca con delicada suavidad la curva del vientre, pero en vez de concluirse en forma globular, se corta bruscamente y se continúa en una faja cilíndrica. Esta faja, a su vez, queda interrumpida no menos bruscamente para dar lugar a la superficie lateral de un cono truncado invertido, cuya base mayor está formada por la faja cilíndrica, y cuya base menor es el fondo del vaso. Su visión geométrica, por consiguiente, corresponde a la combinación de las superficies laterales de dos conos truncados, colocados en posición invertida y unidos por una banda cilíndrica. Pero mientras el cono superior es levemente cóncavo, el inferior es, en cambio, recto.

La factura, de pasta bastante gruesa, es perfecta. Está alisada con esmero, y su cocción es tan uniforme que al golpearlo da un agradable sonido.

Si la forma del vaso en sí llama la atención, más interés ofrece todavía su decoración, la que se divide en altorelieves y decoraciones pintadas en blanco sobre fondo rojo. Los altorelieves consisten en dos anillos que muestran impresiones redondas en forma de pequeños hoyos, ejecutados con algún objeto redondo.

Las decoraciones pintadas ofrecen una variedad sorprendente en su concepción, y una esmerada perfección en su ejecución. El artista decidió decorar tres superficies: el cuello, el cono superior y la franja cilíndrica, y aplicó un tema central distinto para cada una de estas superficies. Sin embargo, el artista guardó la necesaria unidad entre ellos, aplicando ingeniosamente los motivos centrales de una como motivos suplementarios de otra, y aun dentro del mismo cuadro los motivos centrales están utilizados a veces como adorno en tamaño más reducido.

En el cuello, los motivos aparecen sumamente borrosos. Apenas se distingue la forma de un corazón y algunas líneas que parecen ser parte del diseño de una flor es-

tilizada. Del fondo rojo surgen, además, manchas y líneas entrecortadas, pero sin que se pueda establecer su significado.

Desde el punto de vista histórico, la zona del cono superior es la más sugestiva. Esta zona está dividida en cuatro partes iguales, separadas entre sí por dos líneas verticales y paralelas. En uno de los cuadrados ocupa el centro un corazón finamente dibujado, atravesado en su parte inferior con dos flechas emplumadas y en la parte superior con dos puñales. En medio del corazón se distingue una herida abierta, goteando sangre. Es la imagen inconfundible del Sagrado Corazón de Jesús, tal cual figura en la abundante iconografía jesuítica. En ambos lados del corazón, arrancando de los dos ángulos superiores, cuelgan de sus delicados tallos dos flores, cuyos pétalos abiertos sostienen dos corazones más pequeños. Otros dos puñales en las dos esquinas opuestas completan esta composición hermosa.

En el otro de los cuadrados se nos presenta la bella imagen de un ciervo. Herido durante su ágil correr por una flecha que atraviesa su cuerpo, el animal tuerce su cabeza hacia atrás. Ahora bien, la imagen del ciervo pertenece igualmente a la iconografía cristiana, y simboliza la fuente de la vida. Completan el cuadro algunas de las mismas flores y puñales estilizados que hemos observado en el cuadro anterior. Tanto los motivos florales como el corazón, son absolutamente extraños a la temática habitual del indio, y no hay duda alguna de que estos elementos decorativos han sido sugeridos por religiosos.

La decoración de la zona cilíndrica es la combinación ingeniosa de los mismos elementos decorativos empleados en las dos partes superiores. El tema central es el corazón, repetido y distribuido en distancias iguales, enlazadas entre sí por arcos hermosamente trazados. Dentro de los espacios encerrados por los arcos, los pétalos de las flores y dos puñales inclinados cubren el espacio disponible. Sobre los arcos, otras flores con sus pétalos abiertos, rítmicamente ubicados, prestan a la composición una sensación de agradable armonía estética.

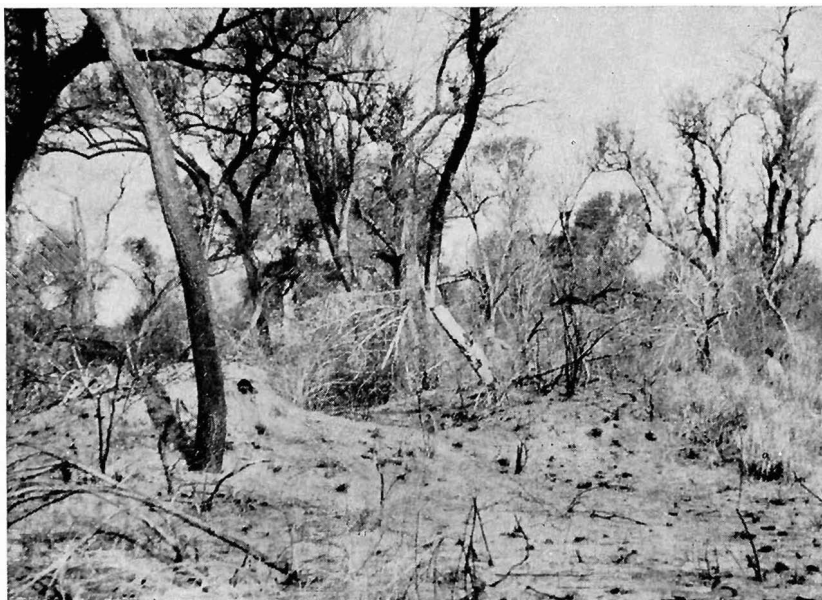
Las medidas del vaso son las siguientes:

Altura total .....	39	cms.
Diámetro del cuello .....	24	„
Diámetro exterior del cilindro.	39	„
Diámetro del fondo .....	21	„
Grosor de la pared .....	8.5	milímetros

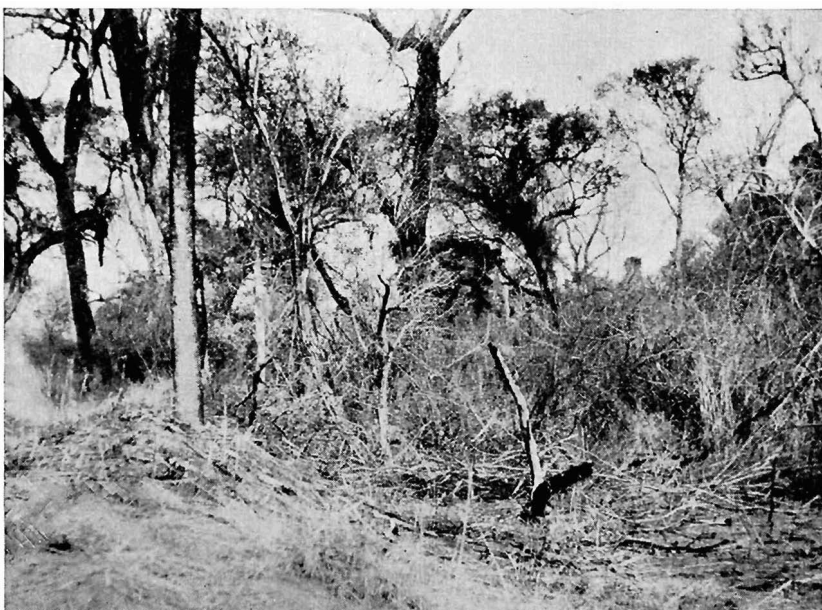
Otro de los objetos encontrados en estado fragmentario demuestra la influencia extraña ejercida sobre la idiosincrasia indígena, no ya en la decoración, sino en la concepción de la forma misma. Se trata, nada menos, que de un plato de forma netamente europea, pero hecha con la técnica indígena, utilizando el barro cocido de una pasta gris, tosca y grosera, destinado sin duda al uso doméstico.

Hasta aquí la exposición del descubrimiento del yacimiento arqueológico de *Presidente Roque Saenz Peña*, la descripción del material encontrado, y las conjeturas e hipótesis que he podido deducir de ellos. He ordenado el material disponible de tal manera que se proyecte claramente hacia la justificación de la teoría de la convivencia del indígena y del hombre blanco en este lugar durante la época de la Colonia. Aun sin entrar a considerar el problema de si éstas son o no las ruinas de *Concepción del Bermejo*, cabe destacar que estamos ante un yacimiento arqueológico único en el país, puesto que en él se manifiesta no ya un simple contacto entre españoles e indios, sino una larga convivencia de ambos elementos.

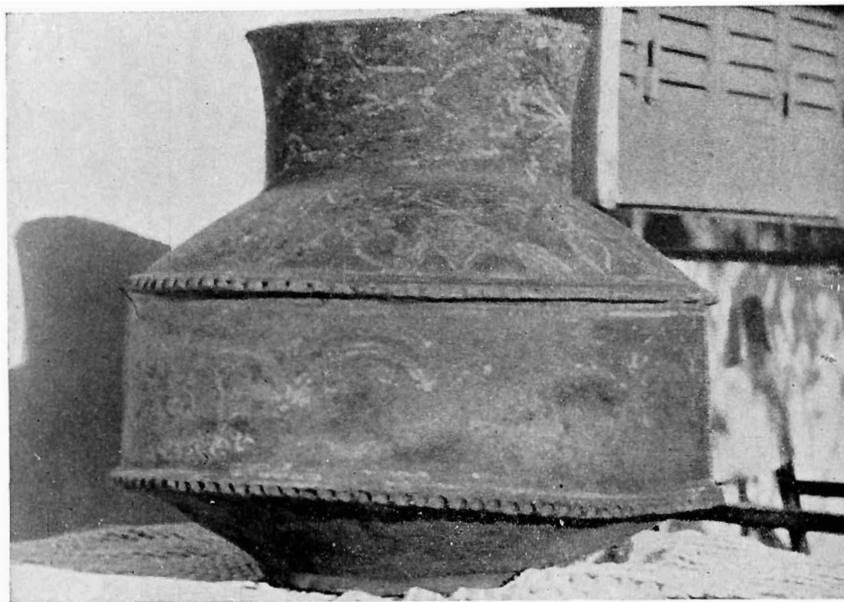
No me cansaré de repetir que las deducciones que he expuesto esperan su confirmación en el material, indudablemente abundante, que se hallará en la exploración exhaustiva del gran yacimiento.



**Aspecto de un montículo con una depresión que correspondería a la puerta. Obsérvese la vegetación añosa sobre el mismo.**



**Vegetación añosa y enmarañada que cubre el lugar del yacimiento. A la izquierda una elevación artificial del terreno.**



**Gran vaso de barro cocido con decoraciones pintadas en blanco sobre fondo rojo.**



**Detalle de la decoración en el cuello y la parte superior del vientre,**